

Prólogo

Acerca de los territorios de la historia, la política y la memoria

Marta Philp

A fines del siglo XIX el pensador alemán Friedrich Nietzsche se preguntaba sobre la utilidad y perjuicio de la historia para la vida al tiempo que postulaba la necesidad de una historia crítica que reemplazara a la historia monumental, dominante en la Europa de su tiempo. A mediados del siglo XX, Marc Bloch y Lucien Febvre desde la Escuela de los Annales franceses planteaban la necesidad de una historia integral que superara a la historia historizante, centrada en los acontecimientos del tiempo corto de la política. A fines de los años setenta del mismo siglo, el debate entre los historiadores ingleses, Lawrence Stone y Eric Hobsbawm, ponía en escena dos caminos posibles: el resurgimiento de la narrativa, acompañada por el abandono de los modelos estructurales o el enriquecimiento de la historia social, poblada por más objetos y fuentes, interrogada por nuevas preguntas. Unos años antes, Michel Foucault rescataba su filiación con la historia crítica de Nietzsche y la asociaba con la historia efectiva, con una genealogía, gris, meticulosa, atenta a los documentos y a los matices. Ya en el siglo XXI, el historiador italiano Enzo Traverso nos recuerda nuevamente que la historia es un campo de batalla, de luchas entre interpretaciones, gestadas al calor de las preguntas del presente.

La referencia a estos autores, entre los que están ausentes muchos historiadores, científicos sociales, que influyeron en nuestra producción, es sólo una de las selecciones posibles para pensar, para ejemplificar, los cambios y las continuidades en un oficio, el de historiador, en diálogo con otras ciencias sociales, más o menos visible en los distintos contextos de producción. Nos remite a problematizar las operaciones historiográficas articuladas en torno a un lugar, una práctica y una escritura, en el sentido pensado por Michel De Certeau.

Desde las inquietudes de este oficio milenario, centramos las miradas en los territorios de la historia, la política y la memoria. Ludmila Catela, desde la antropología, utiliza el concepto de territorios de memoria política para pensar los procesos de conformación de los archivos de la represión. Para esta autora, la noción de *territorio*, inspirada en los *lugares de memoria* de Pierre Nora, tiene la potencialidad de resaltar los vínculos, la jerarquía y la reproducción de un tejido de lugares que potencialmente puede ser representado por un mapa. Desde su perspectiva, las propiedades metafóricas del territorio permiten asociar conceptos tales como conquista, litigios, desplazamientos a lo largo del tiempo, variedad de criterios de demarcación, de disputas, de legitimidades.¹ Compartimos estos sentidos dados al concepto de territorios para pensar en actores y en espacios, en historiadores, instituciones, contextos de producción, en usos del pasado, en operaciones historiográficas, en problemas de investigación que tuvieron y tienen lugar en territorios que nunca terminan de constituirse, que son escenarios para las acciones pero a la vez producto de las mismas; territorios que nos invitan a pensar en acuerdos, en consensos pero también en disputas en función de las diferentes concepciones político-ideológicas de cada uno de los protagonistas, de sus ropajes -“este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado”, en el sentido expresado por Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*-. Nos guía un objetivo desmesurado, ambicioso: la comprensión y explicación de los procesos de legitimación del poder pero también las impugnaciones al mismo, los cuestionamientos a los distintos regímenes políticos, protagonizados por los lugares circunstanciales ocupados por los actores. La referencia al lugar nos remite a pensar en por lo menos dos debates claves de las ciencias sociales: las relaciones entre individuo y estructura y el problema de la determinación en última instancia, es decir, cuál es el factor que más incide en el curso de los procesos históricos. Ambos debates parecieron saldados cuando en las últimas décadas del siglo XX se planteó desde diversos espacios la crisis de los modelos estructurales y específicamente en el campo de la historia, se legitimó el desarrollo de historias

¹ Da Silva Catela, Ludmila (2002): “Territorios de Memoria Política. Los archivos de la represión en Brasil”. En: Da Silva Catela, Ludmila/Jelin, Elizabeth (comps.): *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI Editores, pp. 15-78.

especializadas en diferentes objetos: historia política, económica, cultural, para nombrar sólo algunas.

El problema que nos convoca requiere el regreso a estos debates, las preguntas planteadas en los mismos forman parte de un legado, de una herencia que desde una mirada de larga duración consideramos importante recuperar dado que elegimos analizar en los territorios de la historia, la política y la memoria cuestiones que implican relaciones entre individuos y estructuras, entre estrategias y contextos de producción tales como el lugar de los constructores del pasado (historiadores, aficionados, cronistas), de los usuarios del mismo (los portadores de poder político, oficialistas, opositores, militantes) y el nuestro propio, como científicos sociales que proponemos determinadas operaciones historiográficas para entablar diálogos con quienes piensan temas afines.

En otro texto colectivo, *Intervenciones sobre el pasado*, publicado en 2011 por Alción, nos guiaba el mismo objetivo; este libro suma otras respuestas a esas preguntas e incorpora nuevos interrogantes que se despliegan a lo largo de ocho capítulos, organizados en tres secciones. La primera, titulada, “Historia, política y memoria”; la segunda, “Operaciones historiográficas y sociológicas” y la tercera, “Problemas de investigación”.

En la primera sección proponemos una aproximación a la historia de la historiografía cordobesa, entendida como el conjunto de construcciones sobre el pasado realizadas por quienes oficiaban como historiadores desde fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En este sentido nos preguntamos sobre el mito de los orígenes de la misma, los espacios de producción, las temáticas, los vínculos con el poder político, las relaciones entre la historia y la memoria. Una agenda amplia que incluye no sólo el análisis de las obras historiográficas sino la centralidad de los contextos de producción y los vínculos/conflictos/coexistencias entre las diversas lecturas del pasado. Abordamos el problema desde la historia política, en diálogo con una historia

de la historiografía, preocupada por dar cuenta de la construcción de imágenes sociales del pasado, en el sentido planteado por Cattaruzza.²

¿Por qué nos interesa una historia de la historiografía de Córdoba? La formulación de la pregunta en plural responde al ámbito desde donde se realiza: el equipo de investigación radicado en el área de Historia del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH) de la Universidad Nacional de Córdoba. Particularmente, llegué a este objeto desde la historia política donde las diferentes lecturas sobre el pasado constituyen un recurso clave en los procesos de legitimación del poder; distintos actores políticos acuden a las mismas para justificar diferentes regímenes de gobierno. Desde este lugar, nos encontramos con los usuarios del pasado, un pasado ya construido. Allí surge la segunda pregunta: ¿Quiénes lo construyen?, que conduce a una tercera, la centrada en los vínculos, explícitos o implícitos, entre los usuarios del pasado y sus constructores.³

A principios del año 2002, el Congreso de la Nación instituyó el 1 de julio como “Día del Historiador” (Ley 25566), fecha que conmemora la decisión del Primer Triunvirato (1812) que ordenó “se escriba la historia de nuestra feliz revolución para perpetuar la memoria de los héroes y las virtudes de los hijos de América del Sud, y la época gloriosa de nuestra independencia civil, proporcionando un nuevo estímulo y la única recompensa que puede llenar las aspiraciones de las almas grandes”. La responsabilidad recayó en el Deán Gregorio Funes. Su *Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* y el breve capítulo titulado *Bosquejo de la Revolución* constituyeron la primera interpretación del proceso histórico iniciado en 1810. Estos fueron los argumentos para declarar el 1 de julio como Día del Historiador; los mismos ponen en escena las relaciones entre la historia, la política y la memoria.

² Cattaruzza, Alejandro, “Por una historia de la historia”, en Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro (2003) *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960*, Buenos Aires: Alianza, pp. 185-215

³ Estas formulaciones están presentes en el capítulo 1 de mi tesis de Doctorado en Historia, UNC, 2007. La tesis completa fue publicada en Philp, Marta (2009) *Memoria y política en la historia argentina reciente: una lectura desde Córdoba*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba

La referencia al Deán Funes es ilustrativa de las tradiciones que emergen aún en épocas en que creíamos que los mitos de origen, en este caso de la historiografía argentina, no estaban en discusión. Diferentes trabajos, entre los que se pueden citar el clásico texto de Rómulo Carbia de *Historia de la historiografía argentina*, de la década del veinte del siglo pasado hasta el editado por Devoto y Pagano en el año 2009, establecen como punto de inicio de la historiografía argentina, pero fundamentalmente de su profesionalización, el mojón señalado por la figura de Bartolomé Mitre. Otro texto, de Wasserman, titulado de *Funes a Mitre*, crea las condiciones para cuestionar este punto de origen.⁴

Y señalo que la referencia al Deán Funes es ilustrativa de las tradiciones que emergen como de los procesos de construcción de las historiografías provinciales que, aunque respetuosas de las jerarquías establecidas por las instituciones productoras de historia a nivel nacional, buscan en sus textos señalar los orígenes específicos de cada uno de los espacios, donde las palabras de Funes a Mitre se usan para marcar un camino propio y previo, que precede a la consolidación del relato nacional.

En este texto, traer a la memoria el porque del establecimiento del Día del Historiador un primero de julio, las vinculaciones con la figura del Deán Funes, es una de las huellas que nos permite pensar en los procesos de construcción de las historiografías provinciales, en especial la de Córdoba, en el mapa nacional. Como equipo de trabajo nos proponemos reconstruir los itinerarios seguidos en los procesos de construcción de un campo de estudios, el de la historiografía argentina; buscamos trazar un mapa que identifique temas, autores, textos, climas de época, marcos sociales de las distintas operaciones de memoria, es decir de las lecturas del pasado realizadas desde un determinado presente y desde un espacio: la provincia de Córdoba en diálogo

⁴ Carbia, Rómulo (1940) *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Coni, 3° edición; la primera edición es de 1925, bajo el título *Historia de la Historiografía argentina*, Universidad Nacional de La Plata; Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Sudamericana; Wasserman, Fabio, "De Funes a Mitre. Representaciones de la Revolución de Mayo en la política y la cultura rioplatense (primera mitad del siglo XIX)", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 5, 2001, pp. 57-84

con intervenciones gestadas en otros lugares. Nuestras fuentes/documentos, que como toda selección es excluyente, son textos sobre historiografía argentina y escritos de historiadores producidos, fundamentalmente, desde Buenos Aires y Córdoba.

Si consideramos a la historiografía argentina como campo de investigación, uno de los problemas a discutir es el de la delimitación del objeto, sus coordenadas espaciales y temporales. Hay un tema clásico, presente en el origen de las diferentes historiografías nacionales: el de la relación entre las historias nacionales y locales, entendidas como relatos del pasado nacional y local a los que se le atribuye ese carácter en función de los distintos contextos de producción, signados por desiguales recursos de poder: simbólicos, político-ideológicos.⁵ En el caso de nuestro país, la producción de una historia nacional no fue ajena a un proceso de construcción de la nación marcado por una creciente centralización política, implementada desde Buenos Aires hacia el resto del país. Si bien este proceso dista de ser lineal y existen numerosos estudios que dan cuenta de su complejidad, no puede desconocerse la influencia de este rasgo de la matriz política argentina para el análisis del tema en cuestión. Si pensamos en los procesos de construcción de las historias nacionales y locales el problema no es sólo como relatamos estos procesos sino como delimitamos un objeto de investigación caracterizado por una fuerte centralización en un país donde los mecanismos de producción y legitimación del conocimiento también siguen estando fuertemente centralizados.

Como ya señalé en un trabajo anterior, hay un relato de la historia de la historiografía argentina, consensuado y legitimado, sustentado en estudios ya clásicos sobre la temática.⁶ Los historiadores y las diferentes instituciones que integran han sido y continúan siendo los protagonistas centrales de una historia de la historiografía, que alcanzó mayor desarrollo desde las últimas décadas del siglo pasado. A modo de ejemplo, citamos la compilación de trabajos a

5 Algunas de estas cuestiones fueron planteadas en mi trabajo: Philp, Marta, "Historias nacionales, historias locales. Una lectura en clave historiográfica a partir de un acontecimiento: la conmemoración del Año Sanmartiniano", *PolHis*. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política, Mar del Plata, Año 5. N° 9, primer semestre 2012. pp. 25-36. Disponible en: <http://historiapolitica.com/datos/boletin/PolHis9.pdf>

⁶ Philp, 2012

cargo de Fernando Devoto, *La historiografía argentina en el siglo XX*, editada por el Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1993 y 1994, que establece una agenda de investigación en este campo de estudios. En el segundo volumen de esta compilación hay trabajos sobre el desarrollo de la historiografía en las universidades nacionales del Litoral, La Plata y Buenos Aires. El texto de Devoto y Pagano, *Historia de la historiografía argentina* hace referencia en dos de sus capítulos a la historiografía “más allá de Buenos Aires”.⁷

El punto de partida de este relato es el momento de construcción de una historia nacional para un nuevo país; parafraseando y modificando lo dicho por Halperin Donghi, la génesis de un pasado, en lugar de una nación, para el desierto argentino. El gran diseñador de ese pasado fue el elegido como historiador de la nación, Bartolomé Mitre, erigido a su vez, en el padre de la historiografía, referente obligado, modelo a imitar y a cuestionar por quienes le sucedieron en la tarea. Sus obras clásicas: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* e *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* fijan las claves de la interpretación hegemónica del pasado nacional. Sus textos cumplen la función establecida por Heródoto, el padre de la historiografía occidental: escribir para que no caigan en el olvido los hechos importantes. Así la escritura de la historia se convierte en el principal vehículo para formar la memoria de los pueblos, para señalarles los caminos a seguir. Esta función prefigura la tarea de la historia como *magistra vitae*, desdeñada durante una modernidad que privilegia la idea de progreso, la mirada hacia delante, no hacia el pasado.

Para los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, Argentina ya contaba con una historia nacional. Una nueva generación de historiadores, la Nueva Escuela Histórica, la adoptará como matriz fundacional pero propondrá un distanciamiento crítico respecto a su función como historiadores. Se pensarán a sí mismos como profesionales de la historia, encargados, ya no

⁷ Véase: Devoto, Fernando y Pagano, Nora, 2009. “La historiografía local, provincial y regional” en Cap. 3. La Nueva Escuela Histórica, pp. 163-165; “Más allá de Buenos Aires” en Cap. 6. La renovación historiográfica, pp. 387-402.

de “inventar” un pasado para la nación sino de fundamentarlo a través de una búsqueda exhaustiva de fuentes. El historiador profesional debía estar fundamentalmente preparado en heurística –búsqueda de fuentes- antes que ser un gran ensayista.

En un contexto definido con el término “entreguerras”, caracterizado por la influencia de factores internacionales –Primera Guerra Mundial, crisis del 29- el monopolio de la interpretación dominante del pasado comienza a ser cuestionado. En un escenario donde la Nueva Escuela Histórica es la elegida para continuar con la profesionalización de la historia como disciplina, diferentes actores políticos instalan interpretaciones alternativas. Por fuera del todavía estrecho campo profesional, se despliegan otras estrategias frente al pasado nacional: por una parte, asoman los primeros escritos de los revisionistas; se crean espacios institucionales para albergar estas interpretaciones, como el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Por otra parte, desde el Círculo Militar se funda en 1933 el Instituto Sanmartiniano, que será nacionalizado durante el peronismo y al que se le encargará la tarea de guardianes de la memoria del Padre de la Patria. El mismo gobierno nacional, surgido del primer golpe de estado en Argentina, que derrocó a Hipólito Irigoyen, apoyará la formación de la Academia Nacional de Historia a quien ya se le había adjudicado, cuando todavía era la Junta de Historia y Numismática, la función de escribir la “Historia de la Nación Argentina”, tarea a la que también estaban abocados quienes se nucleaban alrededor de la Nueva Escuela Histórica. La competencia estaba planteada.

Para la época en que se despliegan estas estrategias ya estaba instalada la dicotomía entre la historia oficial y otra historia. La primera personificada por la historia liberal; la segunda, por el naciente revisionismo. La historia liberal tenía, desde el siglo XIX, instituciones que la albergaban: la Junta de Historia y Numismática, fundada por Mitre, convertida en 1938 en la Academia Nacional de la Historia; la otra historia era la postulada por el revisionismo cuya cara más visible estaba constituida por quienes en la década del treinta plantearon la necesidad de reinterpretar el pasado nacional y en ese rescate, un período, el de la época de Rosas, era presentado como clave para buscar en el pasado,

soluciones para el presente. La asociación entre historia y política era explícita; frente a la política de los gobiernos de la “década infame”, legitimada, desde su punto de vista, por el paradigma de una historia liberal, proponían el uso de este pasado como leit motiv para pensar un presente con soberanía política y económica.

La llegada del peronismo al poder genera una división del campo intelectual; si pensamos en los historiadores, muchos de quienes se desempeñaban en las universidades fueron cuestionados por su escaso apego al proyecto nacional impulsado después del golpe militar –o revolución, como preferían autodefinirlo sus protagonistas- del 4 de junio de 1943. En función de ese diagnóstico, fueron expulsados de las universidades. Pero para el peronismo en el poder, su propio proyecto no estaba reñido con la historia oficial, del paradigma liberal. La misma era señalada como un escalón necesario para avanzar en la escritura de una nueva historia nacional de la que el peronismo ya era un protagonista clave. A modo de ejemplo, no se proponía eliminar los nombres de los próceres ya consagrados: Mitre, Sarmiento, dados a diferentes espacios: plazas, ferrocarriles, escuelas, entre otros, sino sumar los propios, contemporáneos del nuevo rumbo del país: en este sentido, se planteaba la equiparación del 17 de octubre, fecha fundacional del peronismo, con el 25 de mayo, carta de nacimiento de la Argentina como un nuevo país.

El período que se inicia con el derrocamiento del primer peronismo, por la “Revolución Libertadora” y con un amplio consenso social, es señalado en la historia de la historiografía argentina como una época de renovación; regresan a las universidades los docentes cesanteados por su negativa a adscribir al proyecto nacional. Buenos Aires, Rosario y en menor medida, Córdoba, le dan un lugar privilegiado a esta época en función de sus nexos con el presente. Por ejemplo, en Buenos Aires una de las figuras clave de la renovación historiográfica fue José Luis Romero, de origen socialista y crítico del peronismo; su nombre fue rescatado por la generación de historiadores que se proponen una renovación de la escritura de la historia después de la dictadura militar de 1976; en Rosario, en la Universidad del Litoral, se rescata la figura de Halperin Donghi, erigido en el padre de la historiografía argentina del siglo XX.

En Córdoba, la época de la renovación, asociada a la figura de Ceferino Garzón Maceda, impulsor de la historia económica y social, fue eclipsada en función de la resolución de las disputas por los espacios institucionales –y de poder- a favor de quienes se situaban como continuadores de la historia tradicional, anclada en el Instituto de Estudios Americanistas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en íntimas relaciones con la Junta Provincial de Historia y la Academia Nacional de la Historia. En el período abierto con la transición a la democracia, estos grupos, aggiornados a la nueva época, consolidaron sus posiciones y se erigieron ellos mismos en los impulsores de la renovación historiográfica.

Nuevamente, un cambio político nos servirá de guía de lectura para este proceso. Esta vez, la recuperación de la democracia en 1983 mostrará un campo historiográfico conformado por lo menos por dos grandes tendencias: una, que seguirá el “normal” proceso de producción, ininterrumpido durante el “Proceso de Reorganización Nacional”; otra, integrada por quienes regresarán de los exilios interno y externo con la aspiración de insertarse en la profesión. A más veinte años de esa época, varios trabajos señalan como un aspecto positivo la constitución de un campo profesional ordenado en torno al respeto de reglas claras de funcionamiento, fundado en –y a pesar de- las disputas existentes basadas en conflictos político-ideológicos, por el acceso a recursos económicos y simbólicos, entre otros.

Una historia: la de la historiografía argentina; diferentes épocas -la de la gestación de una historia nacional; su profesionalización; el cuestionamiento de los revisionistas; la renovación de los años cincuenta y sesenta; la censura de los setenta; la renovación de los ochenta- gestadas al calor de diferentes “marcos sociales de la memoria” que recopilan huellas que se constituyen en indicios clave para pensar los procesos de producción de las historias nacionales y locales. Sin embargo, al mismo tiempo, este relato ya clásico, fundado en una nutrida producción⁸, evidencia los vacíos en torno a procesos

⁸ El texto ya citado de Devoto y Pagano (2009) incluye un completo ensayo bibliográfico donde los autores dan cuenta de la producción sobre el campo de estudios de la historiografía

que están siendo estudiados actualmente como es el tema de la construcción de las historias locales. Diferentes huellas documentales nos alertan acerca de la necesidad de complejizar el relato de la historia de la historiografía argentina donde las distintas historiografías provinciales no se sumen sólo como casos particulares -figuras de provincia- que confirmen o contrasten ese relato sino que se constituyan en recursos centrales para escribir una historia más compleja y más completa. Entonces la pregunta es cuantos nos reconocemos en este relato, como nos posicionamos respecto al mismo y que vías alternativas ofrecemos para su complejización. Una de las vías posibles, la más obvia, es la investigación de las historiografías provinciales para recuperar protagonistas pero fundamentalmente para reconstruir los vínculos, tensiones y conflictos dentro del proceso de construcción de una historia de una historiografía argentina.⁹ Otra, situada en un horizonte de expectativas, es el fortalecimiento de los canales de diálogo ya existentes entre equipos de investigación, de diferentes regiones del país, centrados en la temática.

A partir de estas inquietudes nos preguntamos si es posible leer la historia de la historiografía de Córdoba desde la periodización propuesta por Devoto y Pagano en su texto del 2009 para la historia de la historiografía argentina. La recordamos: 1- Surgimiento y consolidación de la historiografía erudita; 2- Los historiadores positivistas; 3- La Nueva Escuela Histórica; 4- El revisionismo histórico; 5- Historiografía de las izquierdas; 6- La renovación historiográfica. El trabajo de Denise Reyna Berrotarán sobre la institucionalización de los estudios históricos en Córdoba pretende aportar respuestas a la búsqueda de los orígenes de un oficio, el de historiador, en un espacio provincial signado por sus especificidades –sus dinámicas socio-políticas, ideológicas, culturales-, su relativa autonomía a la vez que fuerte dependencia del centro, Buenos Aires. A partir del análisis de numerosas fuentes, invita a repensar las periodizaciones existentes en torno al mito de los orígenes de la historiografía cordobesa,

argentina que complejiza este relato presentado de manera sintética en este prólogo. Cfr. pp. 435-471.

⁹ El siguiente trabajo es representativo de esta estrategia de “reparación” de las historiografías provinciales respecto al relato nacional. Quiñonez, María Gabriela, “Hacia una historia de la historiografía regional en la Argentina”. En: Suárez, Teresa y Tedeschi, Sonia (Comp.): *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*. Santa Fe: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral, 2009, p. 3-15.

materializado en la fundación, en 1936, del Instituto de Estudios Americanistas de la UNC.

Marta Philp analiza los vínculos entre la historia, la política y la memoria durante el primer peronismo a partir de un acontecimiento: el homenaje nacional al Deán Funes, promovido desde Buenos Aires por la Junta Nacional de Intelectuales e impulsado en el ámbito cordobés por quienes ya habían sido legitimados como historiadores desde su participación en instituciones del ámbito universitario como el Instituto de Estudios Americanistas, y en otras instituciones como la Junta Provincial de Historia, establecida en 1941, durante una gobernación radical.

Verónica Canciani Vivanco indaga los vínculos entre la historia, la política y la memoria en esta institución en el período 1973-1983 durante el que se suceden gobiernos constitucionales y dictatoriales. Eduardo Escudero se centra en la Junta de Historia de Río Cuarto, ciudad del sur cordobés, en el período 1966-1979, se pregunta sobre el *encuadramiento* de la memoria, las relaciones entre la historia y la política puestas de manifiesto en las intervenciones de la institución sobre el pasado y el presente. Ambos trabajos miran el lugar de dos corporaciones de historiadores que forman parte de la historia como campo de batalla, cultores de una historia monumental, anticuario, en dos espacios: las ciudades de Córdoba y Río Cuarto, en vínculos con los espacios centrales, nacionales.

En ocasión de un homenaje realizado en el año 2002 a Efraín Bischoff -uno de los historiadores legitimado como tal en el ámbito local- Félix Luna, reconocido cultor y divulgador de la historia, destacaba lo que consideraba el principal ejemplo que ha dado el cronista cordobés: *“poner a la historia de su Córdoba amada al alcance de todos”*.¹⁰ Así como la figura de Bischoff es destacada en este homenaje como ejemplo a seguir, en el ámbito universitario es constituido en un contraejemplo, en un modelo a superar. Desde este ámbito, se plantea que la historia producida por las universidades debe superar la mera crónica

¹⁰ *Revista de la Junta Provincial de Historia* N° 20, Córdoba, 2002, pp. 16 y 26.

para conformar una producción historiográfica fundada en las reglas propias del oficio de historiador. Esta oposición es fundante de las líneas divisorias establecidas entre la historia producida desde instituciones como la Academia Nacional de Historia y la Junta Provincial de Historia y la gestada en la universidad. Sin embargo, un espacio universitario como el Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad Nacional de Córdoba, fundado, como ya señalamos, en 1936, será durante varios años el escenario de coexistencia y también de disputas entre estas dos tendencias, con matices al interior de cada una de ellas. El listado de publicaciones del Instituto, presentado en 1982, es ilustrativo de esta situación al tiempo que dos nombres: Carlos S.A. Segreti y Garzón Maceda se erigen en “lugares de memoria” de tradiciones diferentes.

Las tensiones entre tradición y renovación articulan los dos trabajos que integran la sección titulada “Operaciones historiográficas y sociológicas” centrada en la producción de dos autores que escribieron desde perspectivas y espacios diferentes: Agustín Rojas analiza la interpretación historiográfica del caudillo Juan Bautista Bustos y el federalismo en la obra de Carlos S. A. Segreti, gestada entre las décadas del setenta y noventa del siglo XX; su indagación sobre la obra de este autor, filiado en la tradición investigativa de la Nueva Escuela Histórica de La Plata, vinculado a la Academia Nacional de la Historia desde la Universidad Nacional de Córdoba, constituye un ejercicio interesante para pensar los vínculos entre la tradición y la renovación en la historiografía argentina, visto desde el prisma de la producción cordobesa en consonancia con su par nacional, caracterizada como historia política tradicional por quienes profesan otros tipos de historia, fundamentalmente vinculada a las ciencias sociales.

La obra del autor elegido por Matías Giletta para su trabajo, la del argentino Sergio Bagú, vinculado a autores de la renovación historiográfica como José Luis Romero, que consolida su formación como cientista social en el ámbito universitario mexicano, se presenta como un contrapunto interesante para indagar acerca de las huellas de una historiografía alternativa a la sustentada por los historiadores filiado en el modelo de la Nueva Escuela Histórica, protagonistas del proceso de profesionalización del oficio de historiador en la

Argentina de las primeras décadas del siglo XX y herederos de la historiografía erudita, iniciada por Mitre, vencedor frente a una historia filosófica, para citar las coordenadas de lectura del mapa historiográfico nacional fijado por Carbia en 1925 y confirmadas a lo largo de todo el siglo. La concepción de las clases sociales presente en la obra de Bagú es una clara evidencia de su concepción de la historia, distante tanto del neopositivismo historiográfico como del estructuralismo trascendente.

Otros documentos, otras huellas, no abordados aún en este texto colectivo pero que forman parte de nuestra agenda de investigación, nos invitan a pensar en otras lecturas del pasado, en otras interpretaciones de la historia; me refiero a textos de historiadores en formación en la UNC, de pensadores que ejercían la docencia en la misma institución, que difundían sus ideas acerca de la historia en otros ámbitos. Pienso en los escritos de Oscar del Barco y Carlos Sempat Assadourian en la revista *Pasado y Presente*¹¹, publicada en Córdoba durante su primera época. En esos trabajos se defendía la centralidad del marxismo como teoría de la historia al tiempo que se impugnaban las concepciones históricas y por lo tanto políticas de los historiadores oficialistas del Partido Comunista (Leonardo Paso, por ejemplo). Los mismos, claro ejemplo de los usos de la historia como instrumento de intervención política, son una de las huellas para pensar en la reconstrucción de las representaciones históricas de la izquierda desde un ámbito específico, el de Córdoba durante las décadas del sesenta y setenta.

Estas preguntas se vinculan a uno de los trabajos que integra la tercera sección de nuestro texto, titulada “Problemas de investigación”, que tiene por objeto reflexionar sobre nuestras propias operaciones historiográficas, sobre la construcción y delimitación de los objetos, los diálogos e intercambios con lo producido por otros autores sobre las mismas temáticas, las miradas críticas sobre el estado de la cuestión. Paola Bonvillani se pregunta por la potencialidad de las categorías identidad, cultura política y memoria para

¹¹ Del Barco, Oscar, “Carlos Marx y los Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844”, *Pasado y Presente* N° 1 (Abr.-Jun. 1963); Del Barco, Oscar “Metodología histórica y concepción del mundo”, *Pasado y Presente* N° 2/3 (Jul.-Dic.1963); Assadourian, Carlos S., “Un ataque a la historia en nombre del marxismo”, *Pasado y Presente* N° 4 (Ene.-Mar. 1964)

reconstruir la historia del Partido Comunista Argentino, en particular el proceso de constitución subjetiva de sus militantes durante las décadas del sesenta y setenta, caracterizadas por un creciente proceso de protesta social y conflictividad política. Su trabajo, fundado en la revisión teórica de estos conceptos en un diálogo fecundo con el problema de investigación delimitado y los documentos escritos y orales, da cuenta de las estrategias desarrolladas para la construcción del conocimiento histórico. Desde el mismo oficio, Gloria Di Rienzo indaga acerca de los vínculos entre ciudadanía, poder político y derechos humanos en la historia reciente de Córdoba a partir de un lugar: el análisis del Programa “Mi casa, Mi Vida” implementado en los primeros años del siglo XXI. Desde la historia política del pasado reciente en diálogo con los aportes de otras ciencias sociales, propone una reconstrucción conceptual de los temas centrales de la institucionalidad política del estado democrático post-dictadura, caracterizada por la incorporación de nuevos derechos, jerarquizados constitucionalmente y conceptualizados como derechos humanos.

En otro texto colectivo, *Intervenciones sobre el pasado*, para graficar nuestras aspiraciones, acudíamos a las palabras de un clásico –no sólo- de la historia, Marc Bloch, que pensó su tarea en un contexto lejano en el tiempo al nuestro pero que sintetiza con claridad los motivos que fundan nuestros trabajos: “No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo, que sin cesar necesita unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más amplio, el menos exclusivo, también el más cargado de los conmovedores recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular... Al proponer que se prolongue hasta el presente, en contra de ciertos prejuicios, por lo demás menos antiguos que la palabra misma, no pretendemos ninguna reivindicación corporativa. La vida es demasiado breve y los conocimientos se adquieren muy lentamente como para permitir, incluso al mayor genio, tener una experiencia total de la humanidad, tanto como la edad de piedra y la egiptología siempre tendrán sus especialistas. A unos como a otros, simplemente se les pide recordar que las investigaciones históricas no padecen de autarquía. Aislado, ningún especialista entenderá nada sino a medias, incluso en su propio campo de

estudio y la única historia verdadera, que no puede hacerse sino con ayuda mutua, es la historia universal”.¹²

Más de medio siglo después de los tiempos de Marc Bloch, y desde el contexto de una Europa nuevamente en crisis, el historiador italiano Enzo Traverso nos recuerda las palabras de Walter Benjamin en su *Libro de los Pasajes*: “los acontecimientos que rodean al historiador y en los que éste participa constituyen la base de su presentación, como un texto escrito con tinta invisible”.¹³ Cada uno de los autores que componemos este nuevo texto colectivo, escribimos desde un determinado lugar social –lugares en plural-, interesados por distintos acontecimientos y procesos, pero reunidos en torno a una práctica: la construcción de conocimiento desde un equipo de investigación radicado en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.¹⁴ Nuestros presentes, también en plural, nuestras lecturas del pasado, nuestros horizontes de expectativas, se hacen visibles, de distintas maneras, en cada uno de los textos que compartimos en *Territorios de la historia, la política y la memoria*.

Córdoba, septiembre de 2013

¹² Marc Bloch (1996) (1949), *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 157-158.

¹³ Enzo Traverso (2012) *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX*, 1° edición, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 15

¹⁴ Proyecto “Intervenciones sobre el pasado: historia, política y memoria en la Argentina contemporánea. Lecturas desde Córdoba”, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (ClFFyH), Universidad Nacional de Córdoba. Aprobado y subsidiado por SECyT-UNC. 2012-2013. Directora: Marta Philp. Integrantes: Paola Bonvillani, Verónica Canciani Vivanco, Gloria Di Rienzo, Eduardo Escudero, Matías Giletta, Denise Reyna Berrotarán, Agustín Rojas y Camila Tagle.